

EMIR SADER



LULA

Y LA IZQUIERDA
DEL SIGLO XXI

edicionscarena

INTRODUCCIÓN

Escribir y publicar un libro en la actualidad es correr el enorme riesgo de ser superado por los acontecimientos. Más fácil sería ceñirse a los textos por la fluidez inmediata de internet. Son tiempos turbulentos, en los que las hegemonías vigentes hasta hace poco se agotan y nuevas hegemonías tienen dificultades para afirmarse. Tiempos de crisis hegemónica y confrontación de proyectos antagónicos.

Pero el desafío vale la pena, porque se trata de descifrar, más allá del torbellino inmediato de la vorágine de los acontecimientos, los elementos de permanencia, las tendencias de fondo, los elementos estructurales del escenario histórico. De lo contrario, parece que todo es volátil, que todo cambia según los vientos, como cambian las formas de las nubes en el cielo. Porque siempre hay una lógica detrás de la locura y los torbellinos.

Elegir un tema que tenga como referencia a Luiz Inácio Lula da Silva es una forma de buscar, además del interminable desfile de personajes, enfocarse en alguien que represente precisamente elementos estratégicos, además de las circunstancias históricas inmediatas.

Hegel decía que hay biografías que reflejan trayectorias individuales, privadas. Y hay otras que son fenómenos cósmicos, que expresan los grandes problemas, contradicciones y alternativas de cada periodo histórico. Lula es ciertamente uno de los pocos casos como el que menciona Hegel, porque ninguna figura política ha atravesado tan intensamente los periodos políticos cruciales de la historia contemporánea como protagonista central.

Este libro no es sobre Lula, no es una biografía de Lula. Se trata de Lula como principal líder político de izquierda en el siglo XXI. Es, por lo tanto, un libro sobre Lula y la izquierda en el siglo XXI.

Lula vivió y jugó un papel protagónico, primero, en la resistencia contra la política de congelamiento de salarios, fundamental para la supervivencia de la dictadura militar. Después, vivió y protagonizó la lucha contra esa misma dictadura. Entonces, fue el principal impulsor de la fundación y construcción del Partido de los Trabajadores (PT), principal partido de la izquierda brasileña y uno de los principales partidos de la izquierda mundial. Posteriormente, Lula lideró la resistencia contra los gobiernos neoliberales, hasta que fue elegido presidente, el más importante de Brasil. Fue entonces protagonista de la elección de su sucesora, Dilma Rousseff.

Luego vivió la contraofensiva de la derecha, el golpe del 2016 que sacó del gobierno al PT, y fue víctima de la mayor persecución política de un líder político contemporáneo, que le impidió ser candidato a la presidencia de Brasil en el 2018 y ser elegido en primera vuelta, como apuntaban todas las encuestas. Se ha convertido en un prisionero político, en un rehén —como él mismo ha definido— como resultado de la aplicación de la «guerra híbrida», una nueva estrategia imperialista.

Lula fue, por lo tanto, protagonista de los grandes acontecimientos y periodos políticos fundamentales de nuestro tiempo, haciendo de su trayectoria la hoja de ruta ineludible para comprender el mundo actual y las condiciones de lucha de la izquierda en el siglo XXI.

I. HABÍA UNA VEZ UNA REVOLUCIÓN... O NOSOTROS, QUE AMÁBAMOS TANTO LA REVOLUCIÓN

Puedo decir que pertenezco a una generación privilegiada. No porque hubiera vivido solo de alegrías y victorias, sino, al contrario, por ser contemporáneo de los grandes acontecimientos históricos y culturales y porque lo he vivido con una generación de grandes nombres.

Las generaciones anteriores tuvieron que vivir con un largo reflujo de revoluciones y todas las consecuencias que estos periodos reflejan. Los viejos líderes trotskistas cuentan la desesperación de hablar de la travesía del desierto que representó la victoria del fascismo en Europa, del estalinismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y de los partidos comunistas. Antes de ellos, cuando llegó la década de 1960, parecía que lo peor había quedado definitivamente atrás.

Para quienes vivían de este lado del Atlántico, incluso la revolución parecía lejana, lo que sugería que se trataba de un fenómeno asiático, encabezado por Lenin y Mao. E ideológicamente europeo, que era de donde venían nuestras lecturas y formación política.

Contábamos con la Revolución Mexicana, lejana en el tiempo y de la que quedaron casi solo versiones folklóricas, cinematográficas, musicales –de las que Pancho Villa y Zapata fueron los protagonistas–, sin la verdadera dimensión política del fenómeno que ambos representaban.

Quienes nacieron en la década de 1940 ya podían saludar la victoria de la Revolución Cubana y el surgimiento de líderes extraordinarios –como Fidel y el Che–, además de ser contemporáneos, en Brasil, de la *bossa nova*, el *cine novo*, el nuevo teatro popular brasileño, la lucha de resistencia contra el golpe fallido de 1961, la lucha de resistencia contra la dictadura militar. En medio de todo esto, el apogeo de los Beatles, Sartre, Tom Jobim, Vinícius de Moraes, Chico Buarque, Cortázar, García Márquez, Eduardo Galeano, Mario Benedetti, la nueva trova cubana, la Nouvelle Vague francesa, el cine italiano, Perry Anderson, Eric Hobsbawm, Ruy Mauro Marini, Milton Santos, Florestan Fernandes, Antônio Cândido, Pelé y Garrincha, entre muchos otros, así como la innegable vigencia de Cuba, Vietnam, Argelia, Chile y Nicaragua.

También significó vivir profundos cambios coyunturales, regionales y nacionales, lo suficientemente significativos como para enseñarnos definitivamente que nada está absolutamente trazado en la historia, que no todos los avances son sin retroceso –al contrario de lo que predicaba la vieja izquierda, según la cual «la rueda de la historia no retrocede»– ni los contratiempos son inevitables. Cuba, aquella isla aislada en medio del Caribe, rompió con los acuerdos de la Guerra Fría y empezó a construir el socialismo a 110 kilómetros del mayor imperio de la historia, Estados Unidos. Daba la impresión de que aquellos tiempos en los que la izquierda era minoría habían quedado atrás.

Hasta que, en un momento de 1989, Fidel dijo que la Unión Soviética podía acabarse. Una potencia como la URSS dejó de existir en pocos años, abandonando el primer sueño de construir un Estado obrero y campesino. Y no dejaría de existir para dar paso a un modelo de socialismo más avanzado y democrático, sino para retroceder a una de las formas más salvajes del capitalismo.

Hubo momentos en los que parecía confirmarse el vaticinio del encadenamiento de tipos de sociedad, del comunismo primitivo al comunismo, con una crisis de agotamiento del capitalismo, mientras se diseminaban por el mundo diferentes formas de socialismo. Giovanni Arrighi recordó que la discusión, aún en la década de 1970, era sobre cómo y cuándo terminaría el capitalismo. Se daba por sentado que el capitalismo se había agotado y se acercaba a su fin.

Después de que la vieja izquierda pronosticara el fin de la historia, en la década de 1930, con el triunfo del socialismo, volvió el absurdo vaticinio del «fin de la historia», esta vez con la victoria del liberalismo político y las economías de mercado.

Pero lo que se impone, una y otra vez, es la historia como un proceso abierto, en el que no todas las alternativas son posibles en todo momento, sino en el que, no pocas veces, «todo lo sólido se desvanece en el aire», según la bella imagen del *Manifiesto comunista*. Y, tal como titulé el libro que organicé sobre la crisis de los gobiernos progresistas en América Latina –tomando prestado el nombre de la obra del querido Eduardo Galeano–, *Los caminos abiertos de América Latina*, los caminos de la historia siempre están abiertos, es necesario saber captar sus contradicciones y construir alternativas para superar lo aparentemente sin solución.

Hemos vivido, pues, avances inimaginables y retrocesos impensables, nos sorprendieron victorias inesperadas y derrotas dolorosas. Convivimos con genios de la política, la música, la literatura, y con monstruos de la política, la economía y el terror.

Quien, como yo, nació en la década de 1940, pudo experimentar avances y retrocesos concentrados en unas pocas décadas, como nunca antes había experimentado la humanidad. Crecer en medio del auge del capitalismo, durante la segunda posguerra, cuando la industrialización y la urbanización prometían un mundo mejor, más cómodo, con más empleo y más integración del planeta, en el que el progreso parecía no tener límite. Pasando por los mágicos años 60, cuando el asalto al cielo parecía posible, en los que todas las utopías estaban a la orden del día.

La década se inició con la Revolución Cubana, que continuó con la Revolución Argelina, con las barricadas de Mayo de 1968, con la Revolución Cultural en China, con la gesta del Che, con los movimientos por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, con el triunfo de la Revolución Vietnamita, de la Revolución Sandinista... Parecía como si el mundo pasara una página sin vuelta atrás de la crisis definitiva del sistema, del agotamiento y decadencia del capitalismo y la hegemonía del imperialismo norteamericano, del agotamiento del modelo soviético de socialismo, de proyección del Sur del mundo como futuro de la humanidad.

Hasta la Revolución Cubana, la revolución tenía una fisonomía lejana para nosotros los latinoamericanos; un rostro asiático, con Rusia y China, Lenin y Mao. Hasta que se produjo la espectacular y sorprendente victoria de los revolucionarios cubanos. Esto nos llegó a través de fotos de cubanos barbudos,

haciéndose pasar por un equipo de fútbol, que habían derrocado una dictadura, la de Fulgencio Batista, «en Centroamérica», porque el Caribe aún no existía como tal entre nosotros.

Mi primera tarea militante, junto con mi hermano Eder, en 1959, fue distribuir el periódico *Ação Socialista*, de la Liga Socialista Independiente, que nos entregó Michael Lowy, con una de estas fotos, con menciones a Fidel y al Che. Más o menos rápido, ese movimiento antidictatorial pronto tomó forma de revolución, antiimperialista y nacionalista al principio, anticapitalista y socialista, hasta convertirse en el sentido mismo de revolución, para mí y para las generaciones venideras.

Los movimientos guerrilleros latinoamericanos aparecieron como intentos de continuar la victoria cubana, hasta que, entre avances y derrotas, en Nicaragua, veinte años después del triunfo cubano, las guerrillas lograron una nueva victoria.

El mismo año de 1979, de la victoria sandinista, de la Revolución iraní, de la instalación de un gobierno progresista en Granada, otro en Surinam, de la elección de Fidel como presidente del Movimiento de Países No Alineados, marcaría también el inicio de un giro sin precedentes en la historia contemporánea. Si, por un lado, fue el año de tantos avances mencionados, simbolizados por la desmoralizadora retirada estadounidense de Irán, por otro lado, se produjeron dos grandes acontecimientos con consecuencias muy negativas: la guerra de Iraq-Irán y la invasión soviética de Afganistán.

La crisis de 1973 había impulsado a los grandes países occidentales, que eran los mayores consumidores de petróleo, la necesidad de buscar fuentes alternativas de energía, para cambiar el estilo de circulación de los vehículos ante el enorme y repentino aumento del precio del petróleo. Se habló de energía solar y de autos pequeños que consumieran menos gasolina.

Pero la solución del bloque occidental vino del otro lado: fomentar la guerra entre las dos mayores potencias de Oriente Medio, Iraq e Irán, en 1973, ante la fuerte reivindicación de los derechos de los palestinos, que neutralizó el poder político de ambos países. Esta acción se complementó con la primera guerra de Iraq, cuando Estados Unidos se instaló definitivamente en la región, garantizando el suministro de petróleo a precios baratos.

La invasión soviética de Afganistán surgió como otro tema controvertido, que dividió el Movimiento de Países No Alineados, debilitando la presidencia del movimiento por parte de Fidel.

El gobierno más blando de Jimmy Carter fracasó tras la caída de Richard Nixon, para dar paso a la nueva Guerra Fría impulsada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher, que promovió el vertiginoso ascenso del neoliberalismo en el mundo.

Nos tocó vivir una época sorprendente para alguien que había crecido con el auge de las luchas populares y revolucionarias. La izquierda dejó de mirar al futuro para ser tachada de «dinosaurio», acusada de representar un pasado superado por las fuerzas más reaccionarias que habíamos conocido.

El socialismo soviético, que por una parte de la izquierda era asumido como el modelo del futuro y por otros, críticamente, visto como una primera versión deformada del socialismo, fracasó estrepitosamente. La URSS desapareció, sin resistencia interna, se disolvió como potencia y como socialismo. Su fin no se daba por la izquierda, sino por la derecha; no con el surgimiento de la democratización del modelo socialista, sino con la restauración del capitalismo.

Con el fin de la URSS, bajo el impacto de la inmensa ofensiva ideológica neoliberal, entraban en crisis los roles del Estado, la

política, la regulación económica, las soluciones colectivas, los partidos, los sindicatos, la izquierda, el socialismo en general, el marxismo, las teorías críticas. La derrota de la URSS –y la desaparición del campo socialista, con la conversión al capitalismo de todos los países de Europa del Este– fue acompañada por la derrota de toda forma de proyecto socialista, que prácticamente desapareció del escenario político mundial.

Era como si la idea, tan repetida, de que «la rueda de la historia no vuelve atrás» se convirtiera en su contrario, en el «fin de la historia». Parecía que, una vez derrotada la alternativa socialista, la historia se congelaba en su etapa liberal y neoliberal y, en el ámbito económico, en la economía capitalista de mercado. La derrota de la izquierda se reflejó en todos los niveles: el de las ideas, el de los partidos, el de la organización social, el del pensamiento crítico. Un brutal consenso liberal pareció imponerse irreversiblemente. Las conversiones al nuevo modelo se acumulaban, de derecha a izquierda, pasando por nacionalismos y socialdemocracias.

La propia intelectualidad, antiguamente bastión de la defensa de las ortodoxias de izquierda, se rindió, en parte, al liberalismo. Como si, sintiendo la condena de sobrevivir en el marco del capitalismo, optara por su versión más moderada, abandonando cualquier perspectiva de ruptura de este sistema y refugiándose en distintas formas de liberalismo.

El socialismo desaparecía de la agenda mundial, como si fuera condenado a ser un fenómeno del siglo XX. La URSS y el campo socialista, los países de Europa del Este, desaparecieron, todos ellos reconvertidos en formas de capitalismo. China adoptó modelos de economía de mercado como camino hacia la recuperación económica, aunque sin abandonar la perspectiva de una vía de socialismo. Cuba tuvo que empezar a reajustar

su economía a un ambiente internacional profundamente conservador, luego de soportar los duros efectos de la desaparición de la URSS y la planificación económica del campo socialista.

Junto con el socialismo, las referencias al propio capitalismo también parecieron desaparecer. La economía capitalista fue sustituida por «economía», como si fuera su única versión posible. La democracia liberal llegó a ser tomada como sinónimo de «democracia». El Consenso de Washington pretendía imponer políticas económicas de ajuste fiscal como las únicas posibles. La idea del «fin de la historia» no era que no hubiera más hechos históricos relevantes, sino que todos se darían en el marco irremediable de la economía de mercado y el Estado liberal.

Este panorama, después de tantas décadas de aguda lucha de clases a escala mundial, parecía encontrar a los que antes eran adversarios en el proceso de reconciliación –las tesis del fin de la polarización entre derecha e izquierda– con el agotamiento y vaciamiento de las tradicionales formas de lucha de clases y los proyectos de triunfo revolucionario de los movimientos guerrilleros.

La generación, acostumbrada a avances y a algunos retrocesos coyunturales, se enfrentaba, por primera vez, a un retroceso de dimensiones históricas. Se cuestionó la propia linealidad histórica que conduciría al socialismo y al comunismo. Era difícil decir que era solo un paréntesis que, una vez cerrado, volvería a la proyección histórica anterior. La misma desaparición de la URSS dio una idea de la dimensión de la derrota y el retroceso. El llamado «campo socialista», del que se jactaba una parte de la izquierda, desapareció como primer eslabón en la construcción ineludible de un futuro socialista. (Se solía calcular que una cierta proporción de la población mundial ya

vivía bajo el socialismo, cálculo profundamente afectado por la victoria revolucionaria en China, el país más poblado del mundo.) Fue una derrota que afectó no solo a los adherentes del modelo soviético, sino al conjunto de la izquierda.

Fidel fue la máxima expresión de ese periodo. Encarnó la propia idea actualizada de revolución, que pronto se extendió por todo el continente y después por África y Asia. Su aparición inicial en el proceso revolucionario cubano, la organización de la expedición para desembarcar en Cuba, la transformación de la guerrilla en Ejército Revolucionario, el triunfo, el enfrentamiento –sin conciliación– con EE. UU. en todas sus formas de acción influyeron en muchas generaciones. Fidel transmitió confianza en el socialismo, en el futuro socialista de la humanidad. Fue significativo que, luego de publicar el libro de entrevistas con Ignacio Ramonet –que, en la práctica, funcionó como sus memorias–, y ya cuando enfermó, Fidel se retirara de la primera línea de la política y prácticamente no comentó más sobre el camino que seguir. (Junto con Raúl Castro, dirigió el país.) Como si hubiera cumplido su rol histórico y no tuviera nada más que agregar a las nuevas condiciones que enfrentaba la Revolución Cubana. Como si el tiempo de la actualidad de la revolución en América Latina hubiera quedado atrás. De hecho, inició otros caminos, en la era neoliberal.

América Latina fue una clara expresión de este vuelco. Los nacionalismos se revirtieron en neoliberalismos –como en Argentina, con Carlos Menem, y en México, con el PRI–, las socialdemocracias siguieron el mismo camino –en Chile, Venezuela y Brasil–, los partidos comunistas (PC) quedaron aislados y casi desaparecidos del escenario político. Se reciclaron viejos liderazgos para la nueva ola ideológica, surgieron nuevos liderazgos ajenos a la política tradicional. Los partidos histó-

ricos se descaracterizaron o se volvieron intrascendentes. Los sindicatos perdieron afiliados y las centrales perdieron peso y capacidad de movilización. Los medios de comunicación comenzaron a jugar un papel decisivo en la formación de la opinión pública.

Una generación de izquierda, que había nacido bajo el signo de la revolución, enfrentaba los mayores reveses históricos en décadas. Las comparaciones fueron con el ascenso del fascismo y el nazismo en las décadas de 1920 y 1930 en Europa. Allí también, la derrota de los proyectos revolucionarios —en Italia, en Alemania— y el aislamiento de la URSS abrieron el camino al auge de proyectos contrarrevolucionarios. Cuando la Internacional Comunista tematizó la «crisis final del capitalismo», en la década de 1930, el sistema capitalista parecía cobrar nuevo vigor, ahora con proyectos de carácter fascista, con capacidad de movilización popular contra los núcleos centrales de izquierda —sindicatos, partidos populares, crítica cultural, universidades—. La propia Internacional Comunista adoptó entonces la línea defensiva de los frentes populares, en alianza con todos contra el fascismo y el nazismo.

Algo más o menos parecido habíamos vivido en países latinoamericanos, con las dictaduras militares, pero sin el vigor de la movilización popular del fascismo y el nazismo en Europa. Por mucho que estos regímenes forjaran valores que consolidaron su poder, este se basó centralmente en la coerción. Fue, sin duda, una gran derrota de la izquierda, con la destrucción de la democracia y de la organización popular. Una derrota que era no solamente política, con la toma del poder por las fuerzas armadas, sino también económica, con un nuevo modelo que, en algunos casos, como el brasileño, logró retomar el crecimiento económico. Pero también hubo una derrota ideo-

lógica, con amplios sectores de la población aceptando el consumismo ofrecido por los regímenes militares como alternativa a la información y a la práctica política de la democracia.

En el caso de Brasil, se creó la idea de la supuesta eficacia de la conducción económica de la dictadura, que hizo que la economía volviera a crecer como nunca, y en su capacidad de imponer la «paz social», un «milagro económico» que tenía en el congelamiento de salarios su piedra angular; con la derrota de las oposiciones «subversivas», con la modernización del consumo que ellas promocionaron. La correlación de fuerzas había cambiado radicalmente, pero si bien hubo intentos de golpe similares (como el que fracasó en Argentina, en 1966) y, posteriormente, su efectivación en Uruguay y Chile, en 1973, y en Argentina, en 1976, el marco general no fue una reversión global de esta correlación.

El gobierno de Allende en Chile, aunque aislado, y, sobre todo, la victoria sandinista en Nicaragua y el reforzamiento de las guerrillas en El Salvador y Guatemala reflejaron una correlación de fuerzas más amplias, con el apoyo a Nicaragua por parte de gobiernos como Venezuela, México y la socialdemocracia europea. La misma aceptación –inusual hasta entonces– por parte de EE. UU. de un triunfo revolucionario en Nicaragua, muy similar al cubano, expresó también una correlación de fuerzas internacional que no era la experimentada en el Cono Sur de América Latina.

Vivimos lo que expresé en mi libro anterior, *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. El nuevo topo latinoamericano se movió de una región del continente a otra, de manera inesperada y sorprendente, cambiando de forma, demostrando una vigor reiterado ante los reveses. El marco internacional era favorable, hasta cierto punto.

El cambio de periodo histórico –discutido más adelante en este libro– alteró el marco general en el que se produjeron las transformaciones nacionales y regionales. Si 1979, como comentábamos anteriormente, representó un año contradictorio, pero con un giro progresista, una década después, en 1989, se produjo un cambio brutal en sentido contrario, con la caída del Muro de Berlín y, en cadena, el fin de los países socialistas de Europa del Este y, dos años después, formalmente, con el fin de la URSS, al mismo tiempo que la Revolución Sandinista estaba agotada y derrotada.

Junto a la proyección de la hegemonía imperial estadounidense como triunfador radical de la Guerra Fría, el socialismo desaparecía del horizonte histórico con el campo soviético, y el neoliberalismo, como concepción del mundo, se globalizaba a una velocidad jamás vista en la historia.

La transformación radical no aparecía como un retroceso, sino como la superación de una concepción que se había agotado, como el final de un ciclo histórico, centrado en el Estado, en los derechos sociales, en la planificación económica, en la limitación de las normas del mercado, en la proyección del socialismo de lucha en la forma política de partidos, parlamentos, gobiernos, nacionalismo, anticapitalismo y socialismo. Ese fue realmente el final del ciclo, el agotamiento de un modelo, su superación por otro, que mostraba vigor, creatividad, capacidad de difundir e imponer nuevos valores que rápidamente se globalizaron. La propia agenda de debate se transformó radicalmente. Una superación del periodo desarrollista, desde la derecha, pero un verdadero fin de ciclo.

Por primera vez nos sentimos desplazados, sin suelo, sin lugar donde refugiarnos como territorio de apoyo, como retaguardia segura. El futuro ya no nos pertenecía, era como si nos